

Alfredo Gómez Cerdá o la aventura de escribir

por Anabel Sáiz Ripoll*



Alfredo Gómez Cerdá firmando libros en el colegio Cervantes de Castellón.

Alfredo Gómez Cerdá es uno de los escritores de literatura infantil y juvenil más destacados del país, con una obra abundante, de calidad, y diversa en cuanto a los temas y géneros que aborda, aunque con preponderancia de

aquellos que plantean conflictos psicológicos o problemas afectivos de los niños. En el siguiente artículo, se pasa revista a la bibliografía de Gómez Cerdá, y se analizan el contenido y características de sus libros.

«Una obra literaria será más rica cuanto más podamos descubrir aspectos que a primera vista pasaban desapercibidos, cuanto más nos permita profundizar en ella. Una obra tendrá más interés —además de por su calidad literaria— cuanto más rico y complejo sea lo que en ella se expresa.

El hablar de cosas serias, de cosas importantes, se olvida a menudo en la literatura infantil —también en la literatura en general— y nos encontramos con libros que no pasan de ser anecdóticos.

Es difícil interesar a niños y a adultos, a la vez, pero ésta debería ser una meta de la nueva literatura infantil».¹

Alfredo Gómez Cerdá.

Un valor consolidado

Las palabras anteriores nos sirven de pórtico para entender el talante de Alfredo Gómez Cerdá, quien en distintas publicaciones especializadas ha sido considerado siempre como uno de los valores jóvenes más interesantes de nuestros días. A la vista de su obra podemos decir que es un escritor de los que no se puede prescindir a la hora de analizar la literatura infantil española de los últimos diez años.

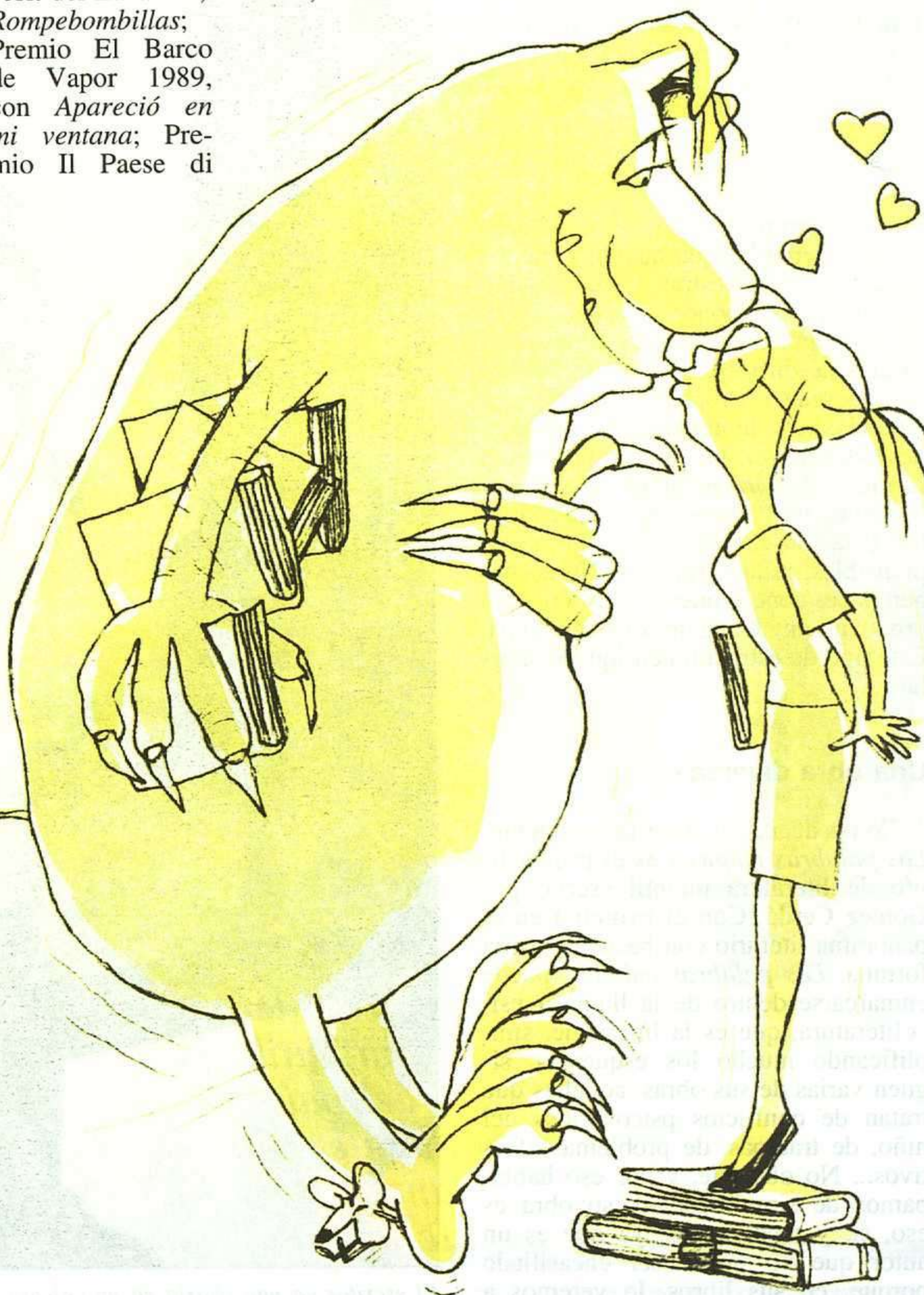
Alfredo Gómez Cerdá (Madrid, 1951) es licenciado en Filología Hispánica y ha publicado, hasta el momento, más de 30 títulos, entre los que hay también alguna novela destinada al público adulto. Por otro lado, ha escrito guiones cinematográficos y algunos de cómic. A pesar de su amplia producción, él empezó a escribir literatura infantil relativamente tarde. «Yo descubrí la literatura infantil

—nos explica el propio Alfredo— cuando tenía 30 años, tras de mí ya había dejado una considerable montaña de papeles. Creo que estaba en un buen momento para intentar algo serio. Y en ese instante —todavía no sé muy bien por qué— se cruzó la literatura infantil. Tengo que reconocer que el éxito de mis primeras tentativas en este campo me animó a continuar. Descubrí un mundo para mí desconocido y fascinante. La literatura infantil tiene un atractivo muy especial, que cuando te engancha no hay manera de soltar».²

Las «primeras tentativas» a las que se refiere son *Las palabras mágicas* (1982), con el que gana el segundo Premio Barco de Vapor. A partir de aquí, ha seguido cosechando premios literarios, entre los que mencionamos el Premio Altea en 1984 por *La ciudad que tenía de todo*; segundo Gran Angular 1983, con *La casa de verano*; segundo Premio El Barco de Vapor 1985, con *Nano y Esmeralda*; accésit del Lazarillo, en 1985, con *Timo Rompebombillas*; Premio El Barco de Vapor 1989, con *Apareció en mi ventana*; Premio Il Paese di

Bambini, en Italia, con este mismo título; además de figurar en la Lista de Honor de la CCEI en los últimos años.

A pesar de los premios, para Alfredo Gómez Cerdá no son importantes, no valen nada en sí mismos, si detrás no hay una buena obra. «Reconozco —añade— que me han servido bastante, sobre todo para empezar a publicar libros, como trampolín para darme a conocer, pero por otra parte



MARIA LUISA TORCIDA, EL MONSTRUO Y LA BIBLIOTECARIA, BARCELONA: NOGUER, 1991.

soy contrario a los premios. No me gustan nada, cualquiera de los participantes podría haberlos ganado.»³

Siguiendo por este camino, Gómez Cerdá, buen conocedor del mundillo editorial, se lamenta de ciertas deficiencias o imposiciones editoriales que nada tienen que ver con la buena obra literaria y que suponen uno de los peligros con los que, en la actualidad, se enfrenta la literatura infantil. «Muchas editoriales que publican literatura infantil —expone Alfredo— están metidas, también, en el mundo del libro de texto y tienen sus engranajes comerciales infiltrados en los colegios. En ocasiones, me da vergüenza ver cómo se venden los libros.»⁴

Es comprensible, pues, que Alfredo Gómez Cerdá busque nuevos caminos y huya de esta estrategia comercial. Así, trata de imponer su propio estilo en sus obras, intentando crear otras formas de dirigirse al público infantil que no sean las fórmulas de siempre, repetidas en innumerables colecciones. «Cada vez me preocupa más la forma —declara el autor— y tengo, por ello, problemas con las editoriales. Éstas buscan cosas sencillas, comprensibles, relatos lineales. No se deben hacer concesiones al público, sólo procurar un lenguaje que entienda. Este tipo de estructura enriquece el relato.»⁵

Una obra diversa

Como decíamos hace un momento, *Las palabras mágicas* es el primer libro de literatura infantil escrito por Gómez Cerdá. Con él irrumpió en el panorama literario con bastante buena fortuna. *Las palabras mágicas* puede enmarcarse dentro de la llamada psicoliteratura, que es la línea que, simplificando mucho los esquemas, siguen varias de sus obras, aquellas que tratan de conflictos psicológicos del niño, de traumas, de problemas afectivos... No obstante, y por eso hablábamos de simplificación, su obra es eso, sí, y mucho más, ya que es un autor que no puede ser encasillado porque, en sus libros, lo veremos a



El escritor en una charla en un colegio de Cuenca.

vuelapluma, aparecen toda clase de temas, la psicoliteratura y también las aventuras, y también el humor y también la jocosidad.

Es cierto que, si lo leemos con atención, notaremos que domina, sobre todo, el personaje y su entorno, el personaje y su familia, el personaje y sus amigos, el personaje y su mundo interior. Eso le permite abordar cuestiones tan actuales y tan eternas a la vez como la soledad, la incompreensión familiar, la solidaridad y la amistad; pero también dar rienda suelta a la imaginación, porque la mayoría de sus personajes se salvan mediante ese don fabuloso de la fantasía, mediante sus sueños e ilusiones que, al fin, les sirven no sólo para superar sus problemas, sino para aceptar su propio mundo y encontrar un sitio en él (véanse, si no, *Las palabras mágicas*, *Nano y Esmeralda*, *Apareció en mi ventana*, entre otros).

Por tanto, Gómez Cerdá resulta difícil de encasillar, más teniendo en cuenta que es un autor prolífico que gusta de cambiar de rumbos. De todas formas, para intentar trabajar su obra y no desperdigar esfuerzos, podemos aventurar una clasificación temática que puede ser ésta, en la que también coincide el propio autor, al menos en los tres primeros grupos:

—Libros de aventuras: *Un amigo en la selva*, *El volcán del desierto*, *El secreto del gran río*, *El laberinto de piedra...*

—Libros de niños inmersos en el mundo actual: *Apareció en mi ventana*, *Timo Rompebombillas*, *La jefa de la banda*, *Un barullo en mi cabeza*, *Alejandro no se ríe*, *La casa de verano*, *Anoche hablé con la luna...*

—Libros de crítica y humor hacia el mundo actual: *La ciudad que tenía de todo*, *La guerra de nunca acabar*, *La sexta tele*, *Macaco y Antón...*

—Libros de humor, de ternura y fantasía: *El monstruo y la biblioteca*, *Amalia*, *Amelia y Emilia...*

Parábolas de la civilización moderna

Alfredo Gómez Cerdá, que afirma



TEO PUEBLA, LA CIUDAD QUE TENÍA DE TODO, MADRID: ANAYA, 1993.

que «está harto del *boom* de la literatura infantil y deseando que pase de una vez»,⁶ y que «le parece absurdo que afirmen que los autores nos dejamos envolver por el aspecto comercial, cuando es muy posible que sea culpa de ese engranaje»,⁷ es, justamente, el reportero que estaba necesitando *La ciudad que tenía de todo* para salir a la luz. Nadie mejor que él habría podido ironizar desde dentro, acerca de la sociedad de consumo. Que no se escandalice nadie; antes al

torno a las contradicciones del mundo que nos ha tocado vivir. Hablamos, por supuesto, de *La guerra de nunca acabar* (1990) y de *La sexta tele* (1991), otros títulos representativos. Son una parábola crítica y festiva de la civilización moderna. Gómez Cerdá, mediante un casi puro estilo esperpéntico, nos muestra los absurdos a los que nos aboca nuestra propia sed de grandeza, de egoísmo y de posesión de cosas.

En el fondo, aparece el tema de la

tatan que carecen de un marrifago dorado.

En *La guerra de nunca acabar*, Gómez Cerdá es el narrador divertido y socarrón que contempla los preparativos de una batalla delirante. Para empezar, los dos reyes, Ventoso Veintiocho y Pirulo Treinta y Uno, son de lo más impresentable que podamos imaginar y, con sus manías y egoísmos absurdos, arrastran a sus pueblos hacia una guerra sin sentido. En el momento de la batalla, en una escena



contrario: *La ciudad que tenía de todo* (1984) es un libro breve, divertido y lleno de humor, que ayuda al niño a discernir sobre qué es lo más importante en el mundo: el placer de tener de todo o el placer de saber renunciar a algo a favor de la vida. De hecho, bien dice Alfredo, al escribir que: «A un niño se le puede, y se le debe, hablar de todo. La única diferencia con los adultos dependerá del *cómo*».⁸

El libro, por el que su autor siente una especial predilección, inicia una corriente llena de humor y lucidez en

libertad a la que renunciamos por culpa de aspectos externos a nosotros y casi siempre materiales. Así, en *La ciudad que tenía de todo* los habitantes no son libres, porque sobre ellos pesa una responsabilidad muy grande: tener de todo. Viven siempre pendientes de ello para seguir estando orgullosos de su ciudad. Por eso se produce una auténtica conmoción cuando cons-

absolutamente genial, los soldados de ambos bandos tienen calor y acaban chapoteando unidos en el río que separa ambos territorios y no sólo chapoteando, sino llevando a cabo unos simulacros de maniobras de lo más

extraordinario y antibelicista que se haya escrito nunca en literatura infantil. En suma, *La guerra de nunca acabar* es un alegato al pacifismo y una crítica hacia todos los dirigentes del mundo que, a salvo en sus cuarteles o palacios, mandan al frente a miles de soldados. Aquí, al fin, se resuelve todo como hubiese deseado Einstein y como nos gustaría a todos: los dos reyes, en medio del paroxismo absoluto, desaparecen entre puñetazos. Y con ellos se acaba la guerra y todos vuelven a casa.

La historia está narrada de forma brillante. El narrador, continuamente, va aproximándonos, como en una escena cinematográfica, a los dos bandos y metiéndonos en situación. Tras tantos preparativos, resulta que, como siempre, las cosas más elementales son las más importantes: el calor, el agua, las ranas que croan y..., sobre todo, la fraternidad entre los hombres.

Habría que destacar también la dedicatoria del libro, que nos hace pensar, de nuevo, en la libertad. Esta vez en la libertad del lector ante el texto que ha escogido sin presión de ningún tipo.⁹

La sexta tele es uno de los libros más hilarantes y paródicos que se han escrito sobre el influjo de la televisión en nuestras vidas. A través de una ficción, el autor nos permite conocer las vicisitudes de la familia Revuelta, formada por cinco miembros, todos ellos teleadictos. La historia se cuenta en pasado y de forma epistolar. La hija de la casa, Rebeca Revuelta, escribe a la revista *A ver si te enteras* —nombre que también puede encubrir un mensaje para un buen entendedor— para contarle su caso. La ciudad donde viven no importa, y la llama Urbecualquiera, porque podríamos ser nosotros mismos los protagonistas.

El caso es que la familia va comprando teles hasta tener cinco y todo va bien. La cosa se complica cuando se compran la sexta tele. Lo divertido de la historia es que a todos se les dificulta la vida con la sexta tele y la devuelven; pero no se les ocurre pensar que las otras cinco también tengan parte de culpa. No renuncian a la tele... sólo a la sexta. Y eso lo escribe



JESÚS GABÁN, APARECIÓ EN MI VENTANA, MADRID: SM, 1990.

la niña, Rebeca, de forma entre ingenua y candorosa, haciéndose reflexiones en voz alta, que son desternillantes en todo momento. Gómez Cerdá no moraliza, no es necesario. Con la historia ya tenemos bastante si queremos darnos por aludidos.

Son textos extraordinariamente coherentes que juegan con un elemento básico en el lenguaje literario: la extrañeza. Se apunta una cosa y, en realidad, se quiere decir otra. El tono irónico es constante y nos ayuda a advertir los continuos haces isotópicos

que se van repitiendo: las apariencias engañan, la comodidad esconde desazón, la riqueza pobreza...

Protagonistas, los niños

Frente a una masa que funciona de forma preestablecida, se propugna la individualidad, los derechos del hombre como ser único con capacidad para discernir sobre su propia vida. Los niños rompen con los moldes al final, porque han descubierto el camino de la libertad. Ellos son los que abren una brecha en la rutina, los que descubren el valor de la amistad, los que imaginan nuevos horizontes, ellos son los que tienen la esperanza. El modelo de niño que se obtiene no es el de niño sumiso y adaptado a sus mayores, sino el de *niño independiente*¹⁰ que tiene capacidad suficiente como para llamar la atención, como para hacer oír sus propias ideas.

Podríamos tratar, de forma muy resumida, de comentar los principales conflictos que se dan en la vertiente que hemos dado en llamar *psicológica*, aunque, dados los límites del presente trabajo, no es en absoluto exhaustivo. Nos centramos en aquellos títulos que, subjetivamente, nos han interesado más. Así, podríamos hablar de los siguientes temas:

—El niño y la imaginación en *Las palabras mágicas* (1982). Ramón es un niño estupendo que sabe imaginar mejor que nadie situaciones fantásticas, que tiene buenos amigos...; pero que padece enuresis infantil. Y ése es su único problema. Margarita, su madre, no cesa de repetirle lo malo que es, los disgustos que le da... Ramón, día a día, se va hundiendo más, hasta que el Cipri, su amigo, le da una solución. Progresivamente se vuelve mudo, ciego y sordo y, progresivamente también, su madre quiere resolver el problema echándole las culpas a los demás, al médico, al psicólogo y al maestro. Por último, tras un acceso devorador sin límites, Ramón finge salir volando por los aires y es entonces cuando se pronuncian las palabras mágicas. Madre e hijo se piden perdón y la vida vuelve a comenzar.

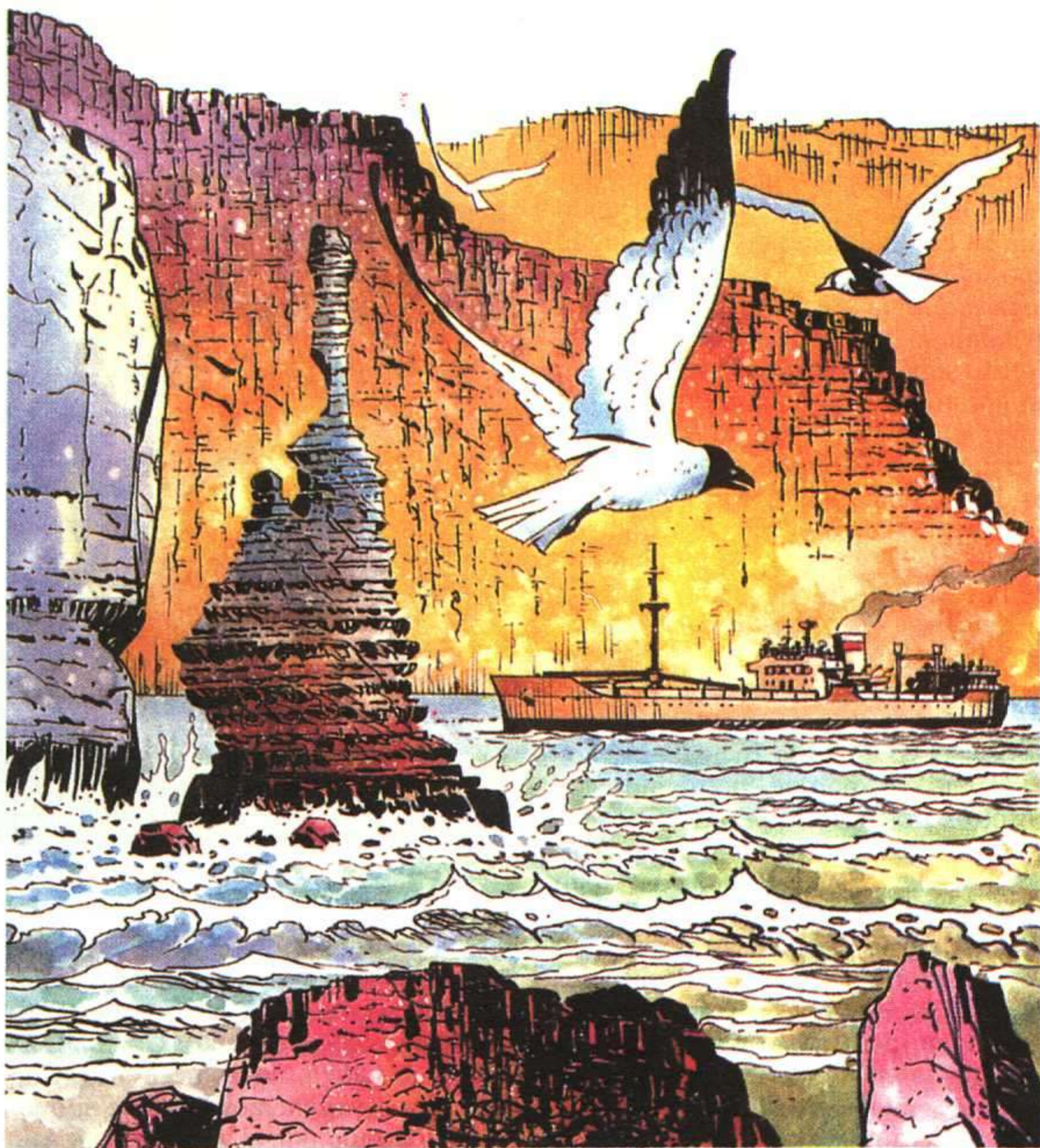
Aquí, el narrador interviene a menudo y crea una doble ficción. Por un lado, la historia de Ramón y su familia y, por el otro, la historia de Ramón y los piratas que es la que se acaba imponiendo.

—El niño y la fantasía en *Nano y Esmeralda* (1987). Nano es un niño que, sin llegar a los límites de Ramón, vive en una familia que tampoco le hace demasiado caso. Por eso conoce a Esmeralda, que es una bruja atípica, y se embarca con ella en viajes maravillosos a bordo de su mágica bicicleta, y consigue, por fin, lo que él más quería: tener un jersey tejido para él mismo y que su familia le haga caso en algo. Vale la pena insistir en la figura de la bruja, que viene a desmitificar un montón de falsos estereo-

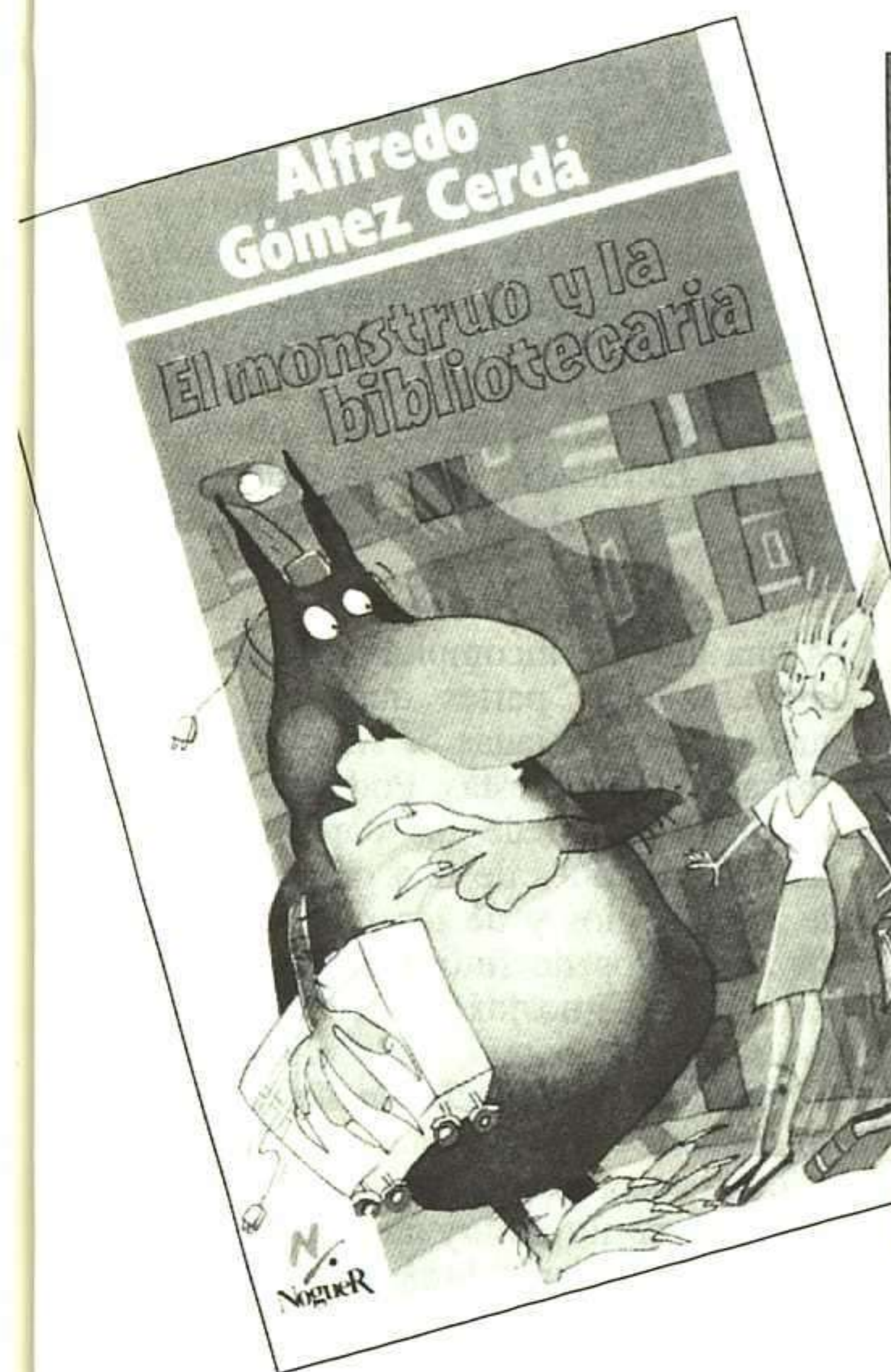
tipos y que, de alguna forma, nos podría recordar *La Bruja Doña Paz* de Antoniorrobes.

—El niño y la inseguridad en *Timo Rompebombillas* (1986). Timo es un niño que presenta problemas de relación con los demás, aunque a él le gustaría tener amigos; pero no sabe cómo hacerlo. A través de un diario que escribe el propio niño y, en el plazo de una semana, se produce un cambio en su interior que le lleva a descubrir que él no es un ser extraño, que él puede tener amigos y ser querido por los demás; aunque su padre siempre se olvide de las promesas que le hace.

—El niño y la soledad en *Apareció en mi ventana* (1990). Gil vive en una familia como todas; pero se siente



JUAN MANUEL CIRCUÉNDIZ, AVENTURAS DE NICO: EL TESORO DEL BARCO FANTASMA, ZARAGOZA: EDELVIVES, 1994.



solo porque no tiene con quien compartir sus cosas ni con quien hablar. La aparición de un mukusulaba pone en evidencia que esa falta de comunicación es común a toda su familia y que la única forma de resolverla es, precisamente, librándose del animal, lo cual muestra una generosidad tremenda por parte de Gil al desprenderse de lo que más le gusta.

—El niño y las diferencias en *Alejandro no se ríe* (1988). Un relato narrado en primera persona por otro niño que cuenta, de forma jugosa y tierna, cómo un grupo de niños intentan que Alejandro, el pequeño retrasado mental, acabe riéndose.

—El niño y la amistad en *El puente de piedra* (1987). De forma etiológica, trata de la gran amistad de dos hombres, de su estúpida separación, de los dos pueblos que crearon y que siempre estuvieron enemistados, y del desenlace final, a cargo de Raúl e Inés, uno de cada pueblo, que acaban demostrando que la amistad es el me-

jor antídoto para cualquier diferencia.

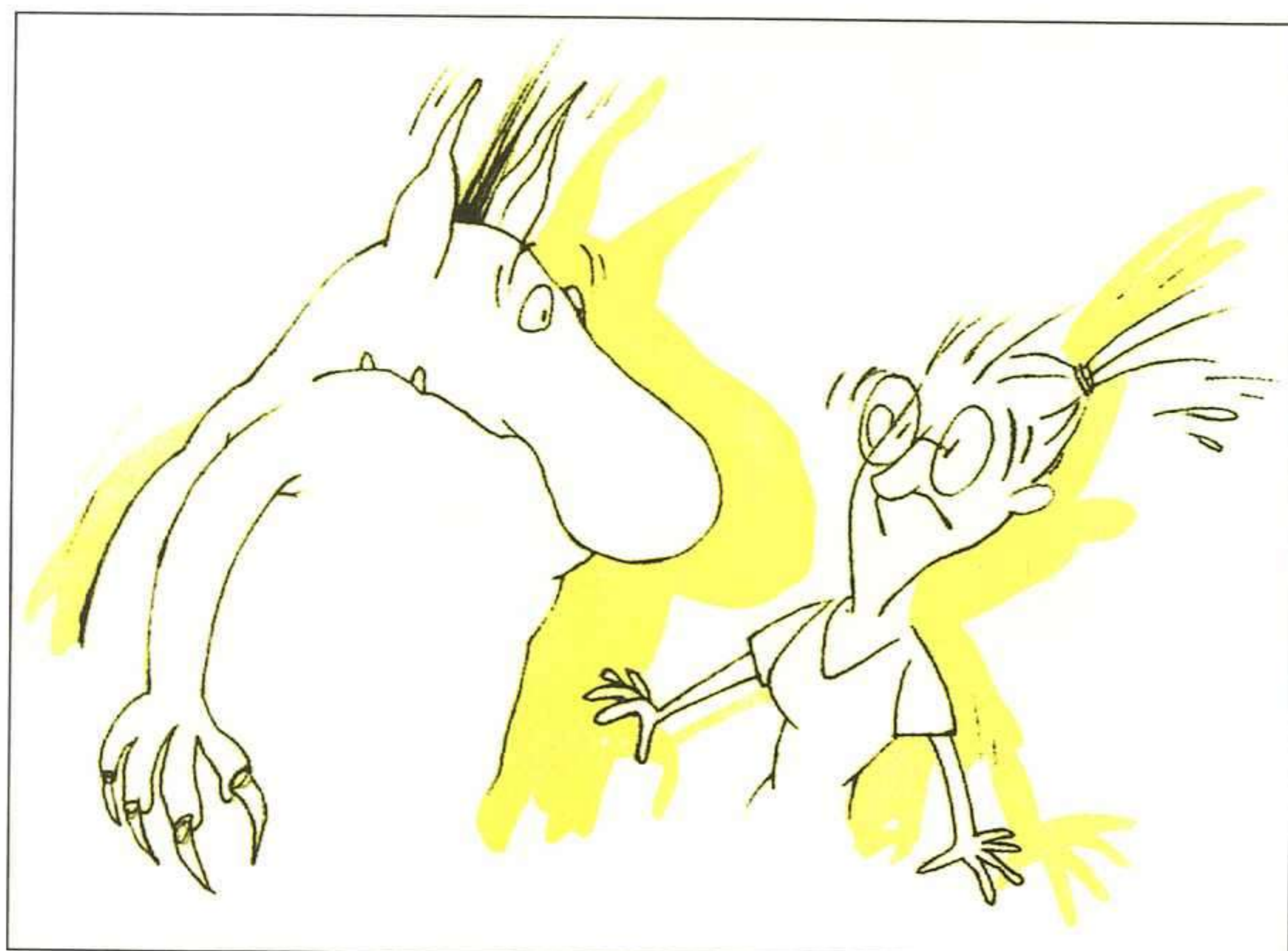
—El niño y la solidaridad en *La jefa de la banda* (1993). Paulina, una niña de los suburbios que vive en un ambiente casi marginal, descubre que sus compañeros del colegio, aunque en apariencia nunca la comprenderán, acaban apoyándola en todo por amistad y solidaridad hacia ella. De paso, Alfredo Gómez Cerdá aprovecha para aludir a un tema muy actual: la droga y cómo enfrentarse a ella.

El narrador

Leyendo las historias de Alfredo Gómez Cerdá, a menudo podemos cerrar los ojos y acudir a una hermosa ficción: estamos en una plaza mayor y un juglar nos recita historias. El tono directo del narrador es tal, que nos hace participar de la acción con sus intervenciones o sus exclamaciones o sus guiños entre líneas. No es extraño que nos diga: «[...] y... y... No

se me ocurre nada más», o «¿Cómo podría explicároslo?», «[...] digo yo...», «Y pasó que... Es decir... no se sabe bien lo que pasó»; o que, continuamente, despierte al lector haciéndose preguntas en voz alta. Y es que Alfredo conoce muy bien la psicología infantil o más bien, como afirma él: «Sucede que yo soy bastante infantil: los niños se llevan bien conmigo porque me sé poner a su altura. Pero pretendo hacer literatura y no psicología infantil. A veces es fácil desviarse. Me gusta meterme en los personajes y quizá, como dicen, se parecen mucho a mí. Yo digo que no, pero supongo que será mentira».¹¹

Entre sus fórmulas narrativas está el doble plano a la hora de explicar una historia: por un lado, la realidad pura y llana y, por el otro, la imaginación, la válvula de escape, el necesario acopio de sueños (*Nano y Esmeralda*, *Apareció en mi ventana*...). Alfredo Gómez Cerdá suele romper con el cuento mágico o maravilloso,



MARÍA LUISA TORCIDA, EL MONSTRUO Y LA BIBLIOTECARIA, BARCELONA: NOGUER, 1991.

porque, a menudo, se parte de una realidad apetecible para demostrar, poco a poco, que no es así, que no es lo más indicado para realizar un proyecto vital (*La ciudad que tenía de todo*, por ejemplo).

Son textos sencillos; pero ágiles y llenos de un vocabulario sugerente y enriquecedor, al hilo de las propias reflexiones del autor. En cuanto a procedimientos técnicos, suele emplear la clásica tercera persona, aunque no como un autor omnisciente, sino más bien como un autor camarada u observador, y también la primera persona tipo diario (*Timo Rompebombillas*, sin ir más lejos) o tipo crónica (*Alejandro no se ríe*) o la fórmula epistolar (*La sexta tele*).

Otros aspectos importantes que, sin duda, deberían merecer más atención en futuros estudios es la relación autobiográfica entre el autor y su obra. Él mismo considera que es innegable este vínculo, porque: «Un autor no puede escribir un libro que le sea ajeno, y si lo hace se está dando gato por liebre a sí mismo y se lo está dando también a sus lectores. Tampoco se trata de escribir mirándote el om-

bligo. Hay que buscar dentro de uno mismo, pero también hay que mirar el mundo que nos rodea».¹²

Así, en uno de sus más recientes libros, *A través del cristal empañado* (1994), Alfredo Gómez Cerdá se acerca, con mirada tierna y luminosa, a su infancia y rescata recuerdos y vivencias que, a los que nos gusta leer todo lo que publica, no nos eran del todo desconocidas. Vayan unos ejemplos como muestra:

—No le gustaba el fútbol como al protagonista de *Alejandro no se ríe*, o como al propio Timo.

—Le encantaban las aventuras de piratas, *La isla del tesoro* parece que es la historia que más recuerda de sus primeras lecturas, como a Ramón, de *Las palabras mágicas*.

—La lectura le permitía evadirse de su mundo, como a Gil.

—Le causaba extrañeza el centro de la ciudad, por criarse en un suburbio, y le atraía, como a Timo.

—Valora mucho la amistad verdadera, como Inés y Raúl, Macaco y Antón.

—Habla de su barrio, en los extraradios, como el de Timo o Paulina...

Y tantas cosas más...

Escribir sobre autores en plena labor de creación es siempre difícil y arriesgado, porque no se cuenta con suficiente perspectiva histórica; no obstante, en el caso de Alfredo Gómez Cerdá, esta perspectiva puede suplirse con la riqueza de sus obras y con las facilidades que, en todo momento, nos ha dado para elaborar este artículo.

Y aún no llegamos al fin, porque es una historia incompleta a la que le faltan muchas partes que sólo han quedado bosquejadas o, simplemente, no han sido expuestas. Podríamos aún seguir hablando de las pandillas, de las descripciones de una gran ciudad, de los colegios y de los maestros, de los proyectos de futuro de todos los Ramones, Timos, Paulas, Raúles y Giles que hay en el mundo que, como el niño de *Un barullo en la cabeza*, únicamente persiguen una cosa: «Cuando sea mayor seré farero. Viviré en un faro muy alto, sobre un acantilado, y seré libre». ■

* Anabel Sáiz Ripoll es doctora en Filología y directora del IES Jaume I de Salou.

Notas

1. Contamos con el privilegio de que Alfredo Gómez Cerdá nos ha informado acerca de su obra. Vaya mi gratitud por delante. Estas declaraciones son de una carta del 6 de febrero de 1990, cuando yo aún me hallaba confeccionando mi Tesis Doctoral, en la que trabajé, en uno de los capítulos, sobre *La ciudad que tenía de todo*.
2. En *CLIJ*, 16, abril 1990, p. 36.
3. Moreno, J.J.: *La voz de Almería*, 13 de mayo de 1989.
4. Lanoix, R.: *Ya. Literatura Infantil*, 27 de febrero de 1988.
5. *Ibidem*, nota 1.
6. Lanoix, R.: *Op. cit.*
7. *Ibidem*, nota 1.
8. *Ibidem*, nota 1.
9. En la dedicatoria leemos: «A todos los que lleguen a este libro por sí mismos, es decir, sin imposiciones de papás, obligaciones de profesores, recomendaciones de animadores, prescripciones de psicólogos... Exclúyanse también quienes lo reciban como regalo de cumpleaños, por la visita de la tía-regalalibros, por aprobar la última evaluación, por Papá Noel, por los Reyes Magos...».
10. Sáiz Ripoll, A.: «Modelos de infancia», *CLIJ*, 45, diciembre 1992, p. 11.
11. Lanoix, R.: *Op. cit.*
12. Revista *Platero*, 60, Oviedo.